

CARTA XIV.

EL HUÉSPED.

Octubre 28 de 1873.

«Prepárate á pasar por una serie de sorpresas que toda la viva penetración de tu ingenio no ha podido prever. Ante todo, fijemos en parte la fecha de este acontecimiento, sin duda alguna memorable. Ayer fué lunes; por consiguiente, hoy es martes; puedo asegurártelo, en razón á que todavía la república no ha alterado el orden cronológico de las semanas, único orden que existe.

En los fastos de mi opulenta casa, lunes quiere decir noche de gran recepción, de manera que ayer lució Elisa, en una espléndida comida, los prodigios de su inagotable cocinero.

Á las seis empezaron á llegar los convidados; á las seis y cuarto salió Elisa de su tocador como la aurora del fondo del horizonte, y á las seis y media quiso pedir la comida; pero faltaba uno; Montenegro no había llegado todavía, y fué preciso esperar algunos minutos; minutos inútiles, porque Montenegro no llegaba.

Esta falta de puntualidad fué, por de pronto,

el objeto de la conversación; de manera que Montenegro, semejante al romano, brillaba por su ausencia. Indudablemente le había ocurrido algo extraordinario que le detenía; un negocio urgente, una indisposición repentina, cualquier contratiempo de esos que son tan frecuentes en la vida, podía ser la causa de su detención; pero es el caso que acababan de dar las siete, y no era cosa de poner á prueba el apetito de los convidados, alargando por más tiempo el momento de servir la comida.

—Me parece (dijo Elisa) que el punto está suficientemente discutido. Montenegro debe haber muerto repentinamente, porque, de otro modo, ó estaría aquí, ó nos hubiera advertido previamente su ausencia.

—Acaso lo haya hecho (dijo Octavia), y su tarjeta se halle detenida en el *recibimiento*.

—Es posible,—exclamaron algunos.

Se hicieron las indagaciones convenientes, y resultó que al *recibimiento* no había llegado ninguna tarjeta de Montenegro. Podía muy bien haber quedado estancada en la portería, y se preguntó al portero; pero tampoco la había recibido. Es más: el portero creía haber visto entrar al señor Montenegro.

—Me parece (dijo Elisa) que no podemos hacer más en obsequio de nuestro amigo, y haciéndonos superiores á esta desgracia, debemos decir: «Montenegro ha muerto, comamos».

Celebróse el chiste con risueña algazara, y pasamos al comedor. El asiento de Montenegro permaneció vacío durante toda la comida, y á los posres volvió á ponerse en discusión su ausencia y su silencio, de la que no se sacó en limpio más que su silencio y su ausencia.

Terminada la comida, nos trasladamos al salón, donde nos sirvieron el café. Octavia me presentó una taza, y se sentó junto á mí, preguntándome :

—¿Qué noticias hay de la falsificación de billetes? Es un asunto bastante curioso.

—Bastante (le contesté). Y en cuanto á noticias, parece que el Juez no averigua nada; la mayor parte de las personas detenidas resultan inocentes; los registros que se han hecho han sido infructuosos. Creo que vamos á tener un proceso tan escandaloso y tan inútil como el de los asesinos de la calle del Turco, ó tan risible como el de la calle del Arenal.

—¡Ah! (exclamó.) Si yo fuera juez, creo que no se me escaparían los verdaderos culpables.

—Eso (le dije) es casi tan curioso como el asunto de la falsificación. V., por lo visto, posee datos ó indicios que la ponen en la pista del delito. ¡Friolera! (exclamé.) Tiene V. en sus manos nada menos que la suerte del Banco de España.

—En verdad (me contestó), no me interesa demasiado la suerte del Banco de España; no soy accionista; pero se trata de un delito....

—¿Y está V. indignada?

—Indignada precisamente, no (me dijo); pero deseo que se descubra al delincuente.

—¿Tiene V. interés en ello?— volví á preguntarle.

—Sí,— me contestó muy seriamente.

—En ese caso (la advertí); puede V. ayudar á la justicia.

—¡La justicia! (exclamó.) ¿Dónde está eso?... Además, el valor de los datos que yo poseo, sólo yo misma puedo apreciarlos: es una convicción moral; me falta la prueba.

No podía tomar en serio sus palabras; pero hablaba con tal aspecto de formalidad, que habría sido una falta de educación mostrarse incrédulo.

En aquel momento se acercó á nosotros un personaje bastante conocido y muy apreciado en la buena sociedad. Imagínate que posee el secreto de las noticias seguras. No sé si la fama ha aumentado las proporciones de su mérito; pero ello es que este hombre, de aspecto inofensivo y de trato afable y complaciente, acierta siempre en los acontecimientos que anuncia, y sus noticias rara vez son desmentidas; parece que vive en las regiones misteriosas en que se engendran los sucesos más imprevistos. No posee ninguno de los conocimientos con que se eleva ó se adorna el entendimiento humano; muestra cierto desdén por la ciencia; como Napoleón, se burla de los ideólogos, y ha declarado tontos á todos los filósofos. Pues bien: este

ignorante sabe todo lo que pasa, y en punto á noticias, parece que ha alcanzado el don de una ciencia infusa.

Al acercarse á nosotros, nos dijo:

—Sin duda, hablan Vds. del acontecimiento del día, porque ya es el asunto de todas las conversaciones.

—Precisamente (le contestó Octavia); pero es el caso que la torpeza del juez ha venido á quitarle todo el interés al asunto, pues es cosa averiguada que todas las indagaciones del sumario han sido inútiles.

—Sí (replicó). Esa especie se ha hecho correr capciosamente para inspirar confianza á los culpables; ha sido un golpe maestro, que ha obtenido un éxito completo. El tribunal tiene ya en su mano el hilo de la falsificación, y á estas horas estará ya en su poder el principal culpable. Ha sido una estratagemata de primer orden.

—Me sorprende (advertí yo) que haya en estos tiempos un juez capaz de concebirla.

—El juez (exclamó el hombre de las noticias) es un mameluco que no sabe dónde tiene su mano derecha; pero detrás del juez está el Banco, que es el que dirige este asunto, ejerciendo una exquisita vigilancia.

El personaje de que te hablo tiene admiración por todas las cosas que hacen mucho bulto; le entusiasma el volumen, y es adorador de toda grandeza en razón de la cantidad; así es que la palabra

Banco suena en su boca con cierto énfasis solemne: la gran suma de millones que el Banco representa, es á sus ojos una potencia de primer orden. Creo que el *summum* de su felicidad sería poseer aunque no fuera más que una acción del Banco; pero su modesta fortuna no le permite aspirar á tanta dicha. Era, pues, imposible que se evadieran de la justicia los autores de la falsificación, habiendo tomado el Banco la dirección del proceso.

—¡El juez! (siguió diciendo.) ¡Qué es un juez de primera instancia ante el poder del Banco nacional! El papel de juez anda por los suelos, mientras las acciones del Banco están á 123. Un golpe tan hábil, tan astuto, tan seguro, sólo podía haberle ocurrido al Consejo del Banco.

—Bien (exclamó Octavia, impaciente). Reconocemos en el Banco todo el mérito que V. quiera; mas no es eso lo interesante. V. ha dicho que ha caído en manos de la justicia el principal culpable. ¿No es esto?

—Sin duda (respondió), puede asegurarse que el pájaro está ya en la jaula; pero debo contenerme dentro de los límites de una prudente reserva, porque todavía no me es permitido pronunciar su nombre.

—¡Su nombre! (exclamó Octavia.) ¡Bah! No es V. sólo el que está en el secreto. ¿Quiere V. que le diga su nombre?....

El admirador del Banco dejó ver una sonrisa de incredulidad; mas Octavia, acercándose á su oído,

pronunció un nombre, que causó una transformación repentina en su semblante. De la incredulidad pasó al asombro, asombro en el que pudo leer Octavia la seguridad de que había pronunciado el nombre del verdadero culpable; así es que, sin esperar más respuesta, se alejó, riéndose á carcajadas.

El hombre de las noticias seguras se volvió á mí, me miró con ojos atónitos, y, cruzándose de brazos, me dijo:

—Esto es extraordinario: lo sabe; ¿cómo?... He ahí lo incomprensible.

Yo también, sorprendido, asentí, encogiéndome de hombros.

Poco después de esta conversación, di una vuelta por los salones, que se hallaban muy concurridos y muy animados, y advertí que Elisa no se hallaba en ellos. Temí si alguna jaqueca intempestiva nos privaría de su gallarda presencia; mas pronto la vi aparecer risueña y bulliciosa como nunca. La observé largo rato, y noté en ella una movilidad desusada; se reía mucho, y hablaba sin consuelo; parecía que se hallaba bajo la influencia de una exaltación nerviosa. Quizá se encontraba en el paroxismo de su vanidad satisfecha. La concurrencia celebraba sus chistes, y todos aseguraban que nunca la habían visto tan espiritual. Como en la noche de mi boda, creí advertir que algunos me miraban con envidia.

Me cansa la buena sociedad; no le encuentro

aquel atractivo que me la hacía tan agradable antes de mi boda; ahora me parece frívola, insubstancial, impertinente; flota sobre la superficie como un cuerpo que carece de gravedad; se ha perdido el buen gusto, y se ha disipado el buen tono; ha desaparecido aquella noble sencillez, compañera inseparable de toda grandeza. La demagogia de los clubs ha penetrado en los salones, y me veo en la necesidad de codearme con muchos *descamisados* que usan guante blanco. Mas sea de esto lo que quiera, el caso es que yo no me divertía, y abandonando la concurrencia, fui á refugiarme en mi cuarto con ánimo de coger un libro que llevara mis pensamientos á otro mundo distinto del que habito; pero mi cuarto estaba á oscuras, y sólo aparecía iluminado por los movibles reflejos que proyectaba sobre la alfombra y sobre los muebles la llama inquieta de la chimenea. Acerqué una butaca al fuego, y me dejé caer en ella, y no sé cómo me quedé dormido al amor de la lumbre.

Cuando desperté, la llama de la chimenea se había consumido, y la habitación se hallaba iluminada por un resplandor dudoso, semejante al de las primeras claridades del alba. Creí que estaba amaneciendo, y, restregándome los ojos, me asomé al cierre de cristales que da luz á mi despacho.

El cielo aparecía surcado por grandes ráfagas de nubes que lentamente cambiaban de forma, ofreciendo continuos y caprichosos contrastes de luz y de sombra, y al través de las nubes brillaban mo-

destamente algunas estrellas. La claridad que se reflejaba en los bordes de las nubes no era la de la aurora, era la luna que asomaba entonces por el horizonte.

Bajé los ojos hacia la tierra, deslumbrado por la serena majestad del espectáculo que el cielo me ofrecía, y el cuadro del jardín se me presentó lóbrego y oscuro; poco á poco fué aclarándose aquella obscuridad, y distinguí las calles que simétricamente lo cruzan, y los árboles aparecieron más distintos á mis ojos.

Maquinalmente dirigí la vista hacia el ángulo del jardín en que tengo la sala de armas y el tiro de pistola, sobre los que hay unas habitaciones que comunican con las de Elisa por medio de una pequeña galería de cristales, y á las que se sube desde la sala de armas por una escalera de caracol abierta en el muro.

Fijé, como te dije, los ojos maquinalmente en ese ángulo del jardín, y te aseguro que no sentí vanidad ninguna al recordar mi destreza en el manejo de las armas. Siguiendo la sombra de un árbol que se proyectaba sobre la pared, subí la vista hasta las ventanas, y en una de ellas creí ver *una línea luminosa*, fina como el filo de una espada, como si por las junturas de las maderas se escapara un rayo de luz. Necesité algún tiempo para persuadirme de que, en efecto, no era una alucinación de mis ojos lo que estaba viendo.

Para que comprendas mi sorpresa, debo decirte

que esas habitaciones no tienen uso ninguno, están completamente abandonadas, y si se destinan á algo, es á almacenar algunos muebles inservibles. Era extraño que las ventanas de esta especie de desván inhabitado estuviesen cerradas, y más raro aún que hubiese luz dentro de ellas. ¿Qué huésped desconocido é ignorado las habitaba? Sentí una viva curiosidad, y quise enterarme por mí mismo de la causa de aquella luz misteriosa.

Salí sin más reflexiones, y en la antesala de mi despacho me encontré á mi ayuda de cámara, que dormía profundamente esperando que yo le llamara. Lo desperté y le hice retirarse. Cuando se hubo alejado, bajé al jardín y entré en la sala de armas. Los que tenemos afición al manejo de la espada y de la pistola, creemos que la mejor compañía en ciertos casos dudosos es una hoja de acero bien templada ó el rayo de una bala bien dirigida.

El reflejo de la luz que había despertado mi curiosidad podía tener por causa un motivo muy natural, pero yo no daba con este motivo; cada vez la luz me parecía más sospechosa, y sentía en mi corazón esa vaga inquietud que nos anuncia algún peligro. En resumen: cogí una pistola de tiro que hallé á la mano, y comencé á subir lentamente la escalera de caracol. Otra línea de luz vino de repente á iluminar mis ojos; esta vez el resplandor se escapaba por debajo de la puerta que pone fin á la escalera.

Antes de decidirme á entrar, apliqué el oído

atentamente ; pero toda mi atención fué inútil, porque sólo percibí un profundo silencio. Acudí á los ojos, y miré por debajo de la puerta, y no vi más que la roja claridad que esparcía la luz que iluminaba la habitación. No me detuve en nuevas exploraciones, y asiendo el botón del pasador, lo moví no sin trabajo, al mismo tiempo que con vigoroso empuje hice girar la puerta sobre sus goznes enmohecidos. Se abrió rechinando con estrépito, porque había perdido la costumbre de abrirse. Penetré resueltamente, y de una sola mirada abarqué el conjunto del cuadro que se me ofrecía.

Algunos muebles rotos se hallaban colocados sin orden alrededor de las paredes ; sobre una mesa cubierta de polvo ardía tristemente una vela, sostenida por un candelero de plata.

De pronto, del fondo de un sofá arrinconado en un ángulo de la habitación, vi levantarse una sombra, que creció sobre sí misma, y que se adelantó hacia mí como para recibirme. Yo amartillé la pistola que llevaba en la mano, levantándola á la altura del hombro.

La sombra se detuvo, y pude distinguir en ella la figura de un hombre, que, echando atrás las manos con tranquilo desembarazo, y con una voz que heló toda mi sangre, me dijo sencillamente :

—Iba V. á cometer una indiscreción imperdonable ; la pistola es un arma escandalosa, y hay asuntos en los que es de suma importancia la mayor reserva. Comprendo el asombro que debe cau-

sarle mi presencia en este sitio y á esta hora, y, no obstante, es la cosa más natural del mundo ; y si hablamos razonablemente, verá V. cómo al fin nos entendemos.

No puedo explicarte lo que pasó por mí en aquel momento ; sentía como un cordel que me apretaba la garganta ; mi corazón latía con una violencia desusada ; invadían mi ser alternativamente el fuego de la calentura y el hielo de la muerte.

Una ráfaga de luz, súbita como un relámpago, iluminó por un instante las obscuridades de mis pensamientos ; quise hablar, y no pude ; me faltaron á la vez la voz y las palabras....

Á ti voy á confiar el secreto de mi vida.

Oye la última sorpresa que te espera en esta carta :

Me hallaba frente á frente de Montenegro.»